

Testigos de la verdad en esta hora de España

ANTONIO HERNÁNDEZ-SONSECA *

P

udimos escucharlo en la homilía del todavía Decano del Colegio Cardenalicio, Joseph Ratzinger, durante la Eucaristía *Pro eligendo Pontifice* celebrada en la Basílica de San Pedro: “¿Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios; cuántas corrientes ideológicas y cuántas modas de pensamiento? La pequeña barca del pensamiento ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice San Pablo sobre la astucia de los hombres que tiende a inducir a error. Mientras que el Relativismo, es decir, dejarse llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina, parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como instancia última sólo al propio yo y sus antojos”.

Toda una cartografía de la cultura moderna en cuya vertebración se registra una crisis de grandes proporciones, anunciada a lo largo del magisterio del ahora Benedicto XVI, Pontífice de la Iglesia Católica, a quien Juan Pablo II no dudó en elogiarle años atrás públicamente como el infatigable buscador de la verdad en diálogo con las culturas de nuestro tiempo, impulsado por la consigna de fidelidad a lo esencial y a las reformas necesarias al intuir los atajos de no pocas actitudes y criterios en los que quedan como desacreditadas la palabra y la realidad misma de la verdad lejos de brillar como el espacio de reconciliación de todo y para todos. Aunque el hombre no puede renunciar de lleno a sus inquietudes por el sentido de la realidad, los vientos de la postmodernidad han ido sembrando un mar de dudas respecto de la firmeza y viabilidad de tantos empeños tras el objetivo de la verdad, como si estuviéramos persiguiendo una quimera inconsistente dentro de una caverna

* Canónigo de la Catedral de Toledo. Profesor de Filosofía.

poblada de sombras fugaces. La profecía de San Pablo parece haberse cumplido: “Los hombres tienen cautiva a la verdad”.

Desde tiempos atrás, Heidegger nos había alertado a Europa de haber recaído en el olvido del Ser, no tanto por desprecio sino como secuela casi inevitable de nuestra visión radical de la vida que ha llegado a idolatrar la profanidad plana y sin rastros metafísicos. Occidente se estaba dejando poseer por una cultura amnésica y se aparcaban como anacronismos o insignificancias aquellas instancias de la realidad que importa no sepultar en el olvido. “Quien confunde los entes por el Ser, acaba olvidando el Ser por los entes”. Sólo la memoria podrá re-orientar con justicia nuestros pensamientos y nuestras acciones, aspirando al menos a rozar el rostro de la verdad. El hombre como “pastor del Ser” tiene que recuperar el *pathos* de la verdad misma; en ella y no en los poderes dominantes se encuentran las raíces de donde dimanan la consistencia, la tolerancia, la calidad y el compromiso de la condición humana, aceptando que la realidad no se agota en nuestros pensamientos y decisiones, ni se alimenta de las últimas impresiones.

Ortega, en *El tema de nuestro tiempo*, ya se hacía eco de las agresiones y de la profunda crisis de verdad en Occidente en sus vertientes personal, social e histórica; la desidia en esta cuestión trascendental arroja inautenticidad sobre la cultura que el hombre sigue creando; la condición humana quedaría expuesta al envilecimiento, al fracaso y a la desmoralización si prescinde de unos sólidos criterios axiológicos; con el silencio y el olvido de la verdad el ser humano puede vivir alterado o sonámbulo con una vida falsificada:

“Bajo el nombre verdad se oculta un problema sumamente dramático. La verdad, el reflejar adecuadamente lo que las cosas son, le obliga a ser una e invariable. Mas la vida humana, en su multiforme desarrollo histórico, ha cambiado constantemente de opinión, consagrando como verdad la que se adoptaba en cada caso. ¿Cómo compaginar lo uno con lo otro? ¿Cómo avecindar la verdad, que es una e invariable, dentro de la vitalidad humana, que es, por esencia, mudadiza y varía de individuo a individuo, de raza a raza, de edad a edad?”

Y señalaba dos atajos por donde se suele discurrir: la Solución Relativista que renuncia y sacrifica la verdad por salvar la multiplicidad de la vida declarando la verdad relativa a cada situación humana porque la mentalidad occidental propende a erigirse en faro y norma decisoria de todo. Y frente al Relativismo Axiológico, el Viejo Sendero del Racionalismo, en el cual la razón no está dispuesta a renunciar a su rigor estático y globalizador a costa de no reconocer los derechos de la vida en cambio: todo un gigantesco ensayo de rebajar la espontaneidad vital ajustándola a los cánones de la razón pura. Para Ortega, el tema de nuestro tiempo obliga a superar ese dilema y a conquistar una sensibilidad nueva; lo real no es lo que yo pongo ni lo que el objeto ofrece, sino la co-implicación de ambos. El lugar propio del hombre no es el cosmos ni la biología, sino la Realidad Radical que es la vida personal; nada agota la inmensidad del hombre como persona, transparente en su irrenunciable biografía.

“Pocas épocas en la historia habrán vivido la agresión a la verdad como la nuestra; naturalmente, la verdad, por su propia índole, es algo tan inerme que se la puede dejar abandonada en el borde y en la cuneta de cualquier carretera. Lo que pasa es que esto que la hace tan absolutamente accesible y vulnerable a todas las agresiones, es lo que le confiere esa ligera pero auténtica inmortalidad, por la cual, pasada la agresión, la verdad vuelve siendo sin embargo verdad; cien veces agredida, cien veces sale intacta la verdad. El hundimiento de la verdad sería a última hora el hundimiento mismo del hombre”.

Suya era la llamada a ser espectadores exigentes, lúcidamente alertados para rehuir de la in-humanidad, y prestos para corregir desviaciones o desperfectos: “La fe en la verdad es un hecho radical de la vida humana; si la amputamos, queda ésta convertida en algo ilusorio y absurdo. La amputación misma que ejecutamos carecería de sentido y de valor. El relativismo es a la postre escepticismo, y éste, justificado como objeción a toda teoría, es una teoría suicida”.

Con estas agresiones, casi de puntillas, sin declaración de guerra, se nos ha ido escondiendo un solapado Deísmo en la conciencia moderna de las personas y de las instituciones: la verdad, en el mejor de los supuestos, se nos queda como un distante horizonte metafísico de difícil acceso. Joseph Ratzinger lo reflejaba en el homenaje al teólogo Baptist Metz celebrado en Alemania en octubre de 1998: “...Se palpa una crisis de Dios; creo que en el cristianismo se registra una sobrecarga moral, justamente porque se ha debilitado en exceso el mensaje sobre Dios. Dios no es un mero horizonte lejano o alejado; se silencia que Dios sigue operando en la historia porque Él ha querido meterse en la historia del hombre. No somos nosotros solos; tenemos motivos para escuchar también a Lutero: no existe sólo el recurso a nosotros mismos y a nuestras obras, ni sólo a la humanidad o al sujeto, cualquiera que éste sea, sino que antes que todas las cosas está la obra de Dios”.

Sin solución de continuidad sigue repitiéndose el gesto adámico de escondernos ante las instancias de la verdad; la posibilidad de errar forma parte del capital de la humanidad; caen bajo sospecha los derechos de la verdad misma; por miedo o desde la creencia de lograr así nuestra emancipación, pretendemos zafarnos de ella; mostramos insensibilidad o dureza de corazón y canonizamos el Relativismo como escuela en la que conformamos nuestro ser y actuar con el dictado particular de nuestras decisiones, o con tantos discursos provisionales impuestos o exigidos por la modernidad. El imperio de los *idola fori* frente a la primacía del Logos como luz que a todos ilumina; la era del politeísmo de valores sembrada de vidas rotas como flores pisoteadas al borde del camino; la insoportable levedad del ser como situación espiritual dominante; la fiebre del actualismo útil que declara provincial y provisional a todo, dejando de lado el problematismo inherente a la condición humana y fomentando formas culturales residuales y fragmentarias como los restos de un naufragio; el capricho que nos embota como un mapa simplificado y de corto radio consagrando como norma los estados de excepción en los grandes saberes como la moral, la estética, la filosofía, la

religión, la política; se habla del teorema del “amorfismo humano”: vidas en andadura errática y vacilante con paso libre a cualquier dirección sin llegar a una meta; “el hombre sin atributos”, “el hombre otro” atomizado en su profesión y cargos, con rostro articulado, reflejado por Musil . Sin anclaje en la verdad llega “el desierto que crece”, y crece según Nietzsche; “la tierra baldía” de Eliot; el nihilismo que borrado el sentido de la vida queda desolado en deuda con el Fundamento ausente.

Toda una serie de ofensas contra nuestra dignidad capacitada para contemplar la totalidad y llamada a respetar los derechos de la verdad, porque ésta sigue siendo una exigencia radical de la condición humana, aunque marcados por el riesgo de su libertad podamos emplazar a la verdad como si no tuviera que ver con nosotros mismos.

En su filosofía de la Razón Vital, el maestro Ortega no se cansó de insistir en que la veracidad, el ansia por estar en lo cierto sumergiéndonos en las playas abiertas de la verdad con un imperativo de claridad, representaba una cuestión vital inseparablemente unida al problema perenne de la verdad misma, convencido de aquel verso de Calderón: “El hilo de la verdad es tan constante y tan fuerte que por más que le adelgace no es posible que se quiebre”. Sin la verdad, ¿cómo poner en forma a España? En esta órbita se situaba el juicio emitido por Zubiri ante la muerte del maestro Ortega: “En este bracear denodado por la verdad de la vida y de las cosas, Ortega y Gasset nos enseñó en vivo la radicalidad con que han de librarse las grandes batallas de la filosofía cara a la verdad. Es lo que perennemente nos une a su espíritu con admiración plena, con respeto profundo, con cariño íntimo”.

El nombre perdurable de la Filosofía debió ser: “averiguación”, “ad-veración”, “voluntad de mediodía”. Y el hombre debía calificarse como “viviente verdávoros”. La verdad, secreto a voces, y no armario poblado de sombras, representaría la única necesidad imprescindible; el resto serían necesarias bajo el supuesto de que haya verdad. Sin ese horizonte de la verdad que nos circunda y nos da que pensar, la vida humana no es vividera; en muchas ocasiones necesita con urgencia estar muy en claro trayendo a la superficie ese fondo y ese sentido sagrado que no vemos ni podemos tomar en vano confundiéndonos con nuestro palpar momentáneo e interesado. La confusión quedaría asegurada si confundimos el hontanar original con la copia simulada y con la fachada del edificio. Cuántas veces Ortega y Gasset citaba como propia aquella sentencia de Goethe: “Yo me declaro del linaje de esos que desde lo oscuro aspiran a lo claro”. El éxito de una vida reclama, como un nuevo éxodo, romper con la esclavitud de de la caverna y sus sombras, prosiguiendo las huellas de quienes saben marcarnos el sendero de la verdadera realidad. “El hombre —escribió Santo Tomás de Aquino— recibe la verdad de los demás. Del maestro que nos enseña por fuera. Del Espíritu que nos la inspira por dentro. O de las cosas en las que podemos leerla contemplando”.

En su curso sobre *El hombre y la verdad*, Xavier Zubiri formulaba con palabras concluyentes que: “...con la verdad nace la vida intelectual auténtica; su explicación suficiente no está en el deseo de saber, ni siquiera en la admiración; está más bien en el entusiasmo; ese estar uno poseído por la

verdad y por la realidad tiene algo de destino; esta posesión es la que llevó a Platón a hablar 'de manía'. En definitiva, el hombre poseído por la verdad muestra cuán esencialmente le pertenece la verdad al hombre y cómo con la muerte de la verdad, muere también el hombre”.

Las cosas no resultan tan manifiestas como la teoría enseña; solemos equivocarnos en las cosas que más amamos; podemos abrir un hiato de separación entre la verdad y el hombre, si relativizamos la realidad recluyéndola en un mapa reductoramente empírico. Desde muy temprano, Grecia supo diferenciar el plano de la verdad fontal y el mundo de las opiniones, esos escollos donde suele naufragar nuestra visión habitual y poco crítica de la realidad de las cosas; ese “saber doxástico” que nos encadena a las apariencias al que Rorty, con inconfundible toque anglosajón, ha formulado como “la prioridad de la democracia sobre la filosofía”. Afortunadamente, la verdad convertida en caricatura prepara su venganza cuando no se asume la realidad de un modo razonable.

La utopía irá por delante siempre: un “todavía no” que solicita renovados esfuerzos y espera reflejos ulteriores; nadie puede agotar aquí la transparencia fontal de la verdad y sus fronteras porque sigue haciéndose como la vida misma.

Esta necesidad de programar nuestra existencia personal como la gran aventura que tiene en la verdad su Ítaca, exige de nosotros voluntad recia, claridad y veracidad. A ello apunta el magisterio profundo de Julián Marías desde su perspectiva cristiana nunca disimulada en su pensamiento y en su vida; en toda ocasión ha vivido vinculado a la herencia orteguiana, no sólo por admiración, sino porque la filosofía de la Razón Vital le pareció verdadera. Su palabra inconfundible ha venido a ayudarnos a entendernos mejor a nosotros mismos y a cuanto nos rodea sin olvido de la realidad interior de la persona. En su obra cumbre, *Antropología metafísica*, trazó una corrección enérgica a los reduccionismos de las antropologías cerradas y sin horizontes. Espigando en su obra, baste citar estas líneas: “La veracidad es la raíz cardinal de toda convivencia. La relación del hombre con la verdad es escasa y no se tiene demasiado en cuenta; hay una débil sensibilidad para ella; no nos angustia su ausencia ni apenas nos inquieta; ocupa la veracidad un puesto de gran modestia, evidentemente secundario. La forma más frecuente es la parcialidad; el partidismo va más allá de la indiferencia y se convierte en hostilidad. Para muchos, la verdad es el principal enemigo; se va resueltamente contra ella de una manera activa y metódica. Esto hace que sea particularmente preciosa la existencia de espíritus veraces, cuya actitud consiste en una irrefrenable torsión hacia la verdad. El aire respirable de la verdad mantendrá en vida a los espíritus veraces”.

Ocultando nuestra identidad nos traicionamos. Un espacio nos corresponde con nuestras diferencias constitutivas dentro de la realidad y de la historia. En cierta medida somos todas las cosas: capaces de la verdad y capaces de asomarnos con el alma en vilo más allá de los límites fronterizos de la Realidad. Una perspectiva cristiana, lejos de retraernos, debe seguir alentando nuestro éxodo persistente hacia la tierra prometida de la verdad frente al

relativismo; de esta manera personalizaremos el gesto del viejo marino Marlow retratado por Conrad en *El corazón de las tinieblas* cuando, en su aventura por el río Congo arriba, al chocar de repente con la desembocadura del Támesis susurra: “Estaba pensando en tiempos remotos cuando los romanos vinieron aquí por vez primera, y surgió la luz de este río; fue como una llamarada que se propaga en la llanura, como un relámpago entre las nubes. Ójala mientras la tierra siga girando vivamos el aleteo de la llama”.

Quiero terminar estas reflexiones rescatando un texto orteguiano recogido en *La forma como método histórico*, por su vigencia y por su actualidad: “...El CATOLICISMO español está pagando deudas que no son suyas sino del catolicismo ESPAÑOL. Nunca he comprendido cómo falta en España un núcleo de católicos entusiastas resuelto a libertar el catolicismo de todas las protuberancias, lacras y rémoras exclusivamente españolas, que en aquél se han alojado y deforman su claro perfil. Ese núcleo de católicos podía dar cima a una doble y magnífica empresa: la depuración fecunda del catolicismo y la perfección de España. Pues tal y como hoy están las cosas, mutuamente se dañan: el catolicismo va lastrado con vicios españoles y, viceversa, los vicios españoles se amparan y fortifican tras una máscara insincera de catolicismo. Como yo no creo que España pueda salir decisivamente a la alta mar de la historia si no ayudan con entusiasmo y pureza a la maniobra los católicos nacionales, deploro sobremanera la ausencia de este enérgico fermento en nuestra Iglesia oficial. Y el caso es que el catolicismo significa hoy, dondequiera, una fuerza de vanguardia donde combaten mentes plenamente actuales y creadoras. ¿Por qué no ha de acontecer lo mismo en nuestro país?, ¿por qué en España ha de ser admisible que muchas gentes usen el título de católicos como una patente que les excusa de refinar su intelecto y su sensibilidad, y los convierte en rémora para todo perfeccionamiento nacional? Es preciso que los católicos sientan el orgullo de su catolicismo y sepan hacer de él lo que fue en otras horas: un instrumento exquisito, rico de todas las gracias y destrezas actuales, apto para poner en forma a España ante la vida presente”.

Todo un aviso para navegantes en esta hora de España.